

Reseña

Jiménez, Jorge (editor) *De cómo s'excrive filosofía (ensayos filosóficos)*, San José: Editorial Arlekin, 1999, 168 páginas.

Quizá es cierto que el texto filosófico “entró en la historia del pensamiento hecho pedazos” (pág. 9), como afirma Jorge Jiménez en su “Presentación” a esta obra sugestiva y bien editada que, pese al tono iconoclasta del título –o por ser consistente con el mismo– *procura constituirse* como obra de filosofía.

¿Podría ser de otra forma? ¿Es siquiera pensable algún discurso que *ilumine* todas las aristas del mundo, sus cosas, lo posible y lo probable, lo individual y lo colectivo, la esencia y la existencia, el ser y el conocer? ¿Puede un texto –pudo alguna vez– unir *todo* con sus hilos?

Debemos conceder un hecho: muchos han querido decir de la razón una última frase. También están quienes pretenden aprisionar en palabras la realidad, ordenarla, desentrañar su sentido y el de toda prédica o explicación que *de ella se hace*. En Occidente se han gestado textos así, de grandes pretensiones, como la filosofía. Jiménez la compara con aquella mortaja que Penélope tejía y destejía, otros la consideran un *esfuerzo especular*, cuyo objetivo –al menos desde la Grecia clásica– es presentarse como *totalización* del saber contemporáneo. Posiblemente, la razón sólo puede aspirar a tan leve dignidad. Hegel lo confesaba sin temor, utilizando la imagen de un búho mitológico, cuyo vuelo rasgaba el atardecer. ¡Lo dijo antes que Nietzsche, ese filólogo y poeta seductor que acuchillaba conceptos con hermosos aforismos! Conviene recordarlo, pues –sin ser mencionado– Hegel es uno de los acusados del libro, aunque las hilachas de su mortaja hayan servido para *hacer tantas tiendas y vestidos*.

Que las pretensiones de la razón tiendan al naufragio tampoco es algo nuevo, ni siquiera es

algo extraño. No hace falta el oráculo de Nietzsche para saberlo, Sócrates iluminó el tema siglos antes.

Además, no deberíamos hablar de filosofía, sino de filosofías. Así podríamos recordar que, pese a parecer de lo más contemplativas, alguna vez fueron armas de una clase. Los *telares* del filósofo tienen asidero en la *praxis*. Tarde o temprano muere el suelo nutricio que les dio vida. Pero algunos muertos dejan herencias enormes, también dejan enemigos, rencores, certezas inevitables. Así cada filosofía, en su palabra y en la de sus detractores. Precisamente por eso los ensayos *De cómo s'excrive filosofía* surgen desde, por o para esta disciplina. Jiménez lo sabe. Si presenta el libro como una colección de indicios, “que queremos filosóficos pero que no sabemos filosóficos” (pág. 11), es para *entretener* un hilo de moda en las discusiones postmodernas: la duda por el *estatuto óntico-epistemológico* de lo escrito. En Borges eso se llama literatura, en Gadamer *hermenéutica*. Tal asunto tampoco es nuevo, aunque ahora le dediquen páginas por doquier.

Tras esa “Presentación”, llena de ingenio y aventurada en polémica, Jerry Espinoza escribe sobre la sexualidad en *El nombre de la rosa*, de Eco. Su ensayo “Historias medievales de amor” rastrea el tema en dicha novela y, para analizar algunas de sus manifestaciones, invoca textos de Freud, Foucault, Bataille, alguna idea de Lacan aparece apenas referida. Agradable lectura, *pero se escribe como muchos textos cortos de filósofo*, es decir, está lejos de satisfacer lo anunciado por Jiménez, y su incursión en el discurso filológico ni siquiera está *más allá de la modernidad*. Algo parecido sucede con “Don Giovanni o la caída

del burlador en el siglo XVIII” de Sergio E. Rojas Peralta. Se trata de otro texto agradable y bien escrito. Pero la “Presentación” del editor invita a comentar este ensayo con lo que su autor escribe, cuando dice de Don Juan que “la insuficiencia de sus medios lo ponen por debajo del libertino que puede jugar con su presa” (pág. 38). Sólo habría que cambiar el término libertino por el de filósofo, aunque si deseamos ser consecuentes con Jorge Jiménez, tenemos que usar la oración tal y como Rojas la acuñó.

En “*Crash! El deseo del objeto*”, George I. García, parece asumir riesgos mayores, no tanto por el tratamiento (analítico y reflexivo, como en textos de filósofo), sino por vincular —a propósito de la película canadiense *Crash!*— temas que algunos apenas quieren ver juntos, como la sexualidad y la tecnología, el *imperativo* sadeano y el kantiano, el cine como fórmula de reflexión (¿filosófica?).

El escrito “A través de la cebolla de cristal y lo que Alicia encontró al otro lado (creatividad y equivocación)”, de Jorge Jiménez, informa sobre ciertas similitudes entre la propuesta artística de los Beatles y la obra de Lewis Carroll. Aquí se afirma que, en nuestros días, Alicia “pasa —como en la canción de los Beatles— a través de una *cebolla de cristal*, y con ello nos ha posibilitado descubrir una realidad que no nos era accesible de otra manera” (pág. 81). Cabe preguntar: ¿por qué esa forma de *amortajar* la realidad sí es válida o más acertada que la *razón filosófica*? No obstante, el texto muestra adecuadamente y en buen estilo sus propósitos. También tiene muchas sugerencias en torno a la estética.

“Escher no litografió *Manos dibujando*” es lo que Pablo Hernández ha publicado aquí. Se trata de una retórica seductora, una *invocación* a la paradoja, un juego, donde se advierte el “tema de la dualidad” (pág. 96) que tanto ha fascinado a filósofos, a escritores, a mitólogos que tratan de desteejar las mortajas del pensamiento.

“Autonomía, intertextualidad y performatividad del lenguaje” es un ensayo de Iván Villalobos Alpizar. Bien fundamentado y pedagógico, este trabajo apenas roza asuntos de filosofía, pero no deja de ser importante su presencia

en el libro. Muestra, al menos, que ciertamente el búho de la razón vuela tardíamente, pues lo que dice ha sido pensado por filólogos y literatos desde hace tiempo. Víctor Alba de la Vega, en su trabajo “El pensamiento viajero”, elude apenas crítica semejante, pues vuelve la mirada a Nietzsche, ese que muchos toman por filósofo, origen de cismas literarios y morales, de oráculos y crímenes. *Redice* a Barthes y cuenta el caso de “el cuerpo escrito de Cioran”, rumano “descreído” que “renegó de la filosofía” (pág. 135 ss.), propósito con el que esta obra coincide o al menos simpatiza.

El último artículo es de Alexander Jiménez. Su título: “También la escritura es un espejo encantado” y tiene razón, pero sin novedad (Platón lo sabía y lo repudiaba). Jiménez critica la idea de que el texto filosófico encierra en sus predios *La Verdad*. Pero advierte que semejante idea no “implica que la escritura filosófica y la literatura o la poesía sean equivalentes o se puedan confundir sin más” (pág. 156). El filósofo no debe renunciar a la razón, mas debe atender también a la sinrazón, a la *doxa*, a la vida cotidiana.

De quienes colaboran en este volumen es Jiménez el único que rescata propósitos certeros en *La Filosofía* y sus textos. Hubiera sido conveniente profundizar en eso, pues los demás autores se abandonan a la seducción de otras disciplinas, como si su acusado (la razón filosófica) no tuviera derecho de asistir al juicio. Esa es, quizá, la característica más sorprendente del libro. Pero abordar temas de *lo imaginario* o de la *interpretación* en textos que, como dice el editor, “se quieren filosóficos” (pág. 11) sin considerar, por ejemplo, los aportes de la fenomenología (apenas mencionada por A. Jiménez) o de la hermenéutica, es omisión lamentable. Nietzsche no es suficiente, ni otras vetas del discurso filológico, tampoco el *panteón post-estructuralista*, ante el cual, en todo caso, conviene adoptar una postura crítica, es decir, filosófica.